



# ÉTICA DEL CONTRABAJO

*Grano*  
DE ARENA

ORIO VERGANI

1889-1960

ETICA DEL  
CONTRABAJO

*frano*  
DE ARENA

M A D R I D 1942 B A R C E L O N A

Primera Edición  
1942

---

Es posible que, allá arriba, se pregunten algunas veces:

—¿Por qué diablos habremos dejado al hombre inventar el contrabajo?

Sin llegar a encontrar respuesta.

\* \* \*

El contrabajo es, en mi vida, una pesadilla llena de interrogaciones. El contrabajo y el que lo toca: el que toca este gran violín para gigantes,

pesado y gruñón, visiblemente reacio a dejarse manejar por hombres incapaces de sostenerlo entre el hombro y el mentón.

Los que tocan el contrabajo son varones serios, graves, verdaderos padres de familia, hombres que no aprecian la broma — esto se adivina a un kilómetro — y que se colocan a propósito allá abajo, en el fondo, a la izquierda, para no correr el riesgo de tener a la espalda a alguien que se ponga brusca-mente a hacerles cosquillas en

la oreja con el extremo de un cigarro Virginia. Son entre los instrumentistas de cuerda los únicos que no tienen el menor lazo sentimental con la música que ejecutan: una extraña música esclava; hombres que diríanse ajenos al arte, de aspecto indiferente, y que, con los pies juntos y las manos en los bolsillos, jamás languidecen, jamás se muestran inspirados, ni transportados por la melodía. Inmóviles, categóricos, blandiendo el arco como un cucharón de servir, distribuyen con la

más puntual impasibilidad una cucharada de sonido por aquí, una cucharada de sonido por allá. Así lo quiere el jefe de cocina; así lo manda la batuta perentoria.

No llegaré nunca a comprender cómo puede uno decidirse a estudiar el contrabajo, ni cómo puede haber en los Conservatorios clases de contrabajo con profesores de contrabajo, ni cómo puede existir — porque, en fin, existe seguramente — un cuaderno de ejercicios titulado:

“Los primeros pasos del contrabajo.”

El amor a lo pomposo puede llevaros al estudio del trombón y la fascinación que ejerce un ruido guerrero puede impulsaros hacia el tambor. Nada, en cambio, puede justificar una juventud dedicada al contrabajo.

Generalmente, se comienza el aprendizaje de un instrumento en la niñez, y más bien porque así lo han resuelto los padres, sin objeto preciso. La idea de hacer de ello una profesión viene después. Los padres suelen

pensar, por ejemplo: "Haremos de él un contable". Y el muchacho emprende unos estudios regulares. El violín es sólo un arte de adorno que podrá proporcionarle algunas ventajas más tarde; pero los exámenes, ante todo... Después, puede ocurrir que los exámenes y la contabilidad pasen a segundo término. Pero, ¿cómo diantre los padres pueden pensar, mirando la cabcita de uno de sus bebés: "¡Buena idea! ¡Vamos a hacerle aprender el contrabajo!"

Y de hecho, nunca se co-

mienza a estudiar el contrabajo antes de los dieciocho años. ¡Dieciocho años! La edad del primer amor, de las primeras vanidades, de los cabellos flotantes, del aspecto romántico. La edad en que se dedica una pequeña cantidad a la adquisición de una máquina de afeitar porque se siente ya la necesidad de rasurarse. La edad en que uno conquista el derecho de tener a veces la llave de la casa, como conquistaría la dama de sus pensamientos. A los dieciocho años, cuando



no se conoce ningún instrumento, estudia uno para dar serenatas.

Aprendemos la mandolina para ejecutar las canciones de moda, o la guitarra para acompañarnos. ¿Quién tocaría el contrabajo para su placer? Únicamente he conocido un aficionado al contrabajo, uno solo; pero era el hombre más impenetrable que he encontrado nunca en la vida. Tenía el contrabajo colgado en su habitación, como se tiene una guitarra, con un hermoso lazo de

cintas amarillas y rojas — los colores españoles. En la sombra de la noche, aquel contrabajo sobre la pared blanca parecía izado por alguna fantasmagórica aparición. Aquel hombre era un aficionado al contrabajo; sin embargo, su afición limitábase a la posesión del instrumento. Cuando le invadió esta pasión, era un hombre de edad madura, solterón acomodado. Tomó lecciones de contrabajo en su casa, a quince liras la hora. En las noches de verano, las cuerdas del instrumento sal-

taban en la oscuridad, como balas de revólver. Su hora de contrabajo, cada tarde, era la pesadilla de todo el vecindario. Una comisión de inquilinos de su casa y fincas próximas se entrevistó con él para rogarle que hiciera el favor de desistir. Se resignó y entonces hizo suspender el contrabajo de la pared, con largos clavos, por tapiceros especialistas.

Como es imposible que se pueda aprender el contrabajo por placer, sólo resta una hipótesis aceptable: que se le es-

tudie con el fin concreto de convertirlo algún día en un medio de vivir. Pero, ¿cómo es posible que un joven de dieciocho años piense ganarse el pan utilizando un contrabajo, en vez de buscar cualquiera otra profesión?

Indudablemente, es posible. Entonces, comienza el "vía crucis" entre la clase y la casa, con ese gran carcaj de instrumento. Es preciso averiguar los caminos de travesía en que transportarlo no resulte demasiado embarazosa. Hay que



aprender a gritar "¡Atención!" al llevarlo por las calles para hacer que la gente se aparte.

Pero el estudio del contrabajo ofrece aún otro inconveniente, y es el de ser inadecuado a lo que se llama sentimiento. El violinista puede decir siempre a su amada: "¿Sabes? He tocado pensando en ti." Esa frase le está vedada al que toca el contrabajo. Desde el punto de vista práctico, la profesión de contrabajo no me parece tampoco ofrecer demasiadas garantías. No puedo concebir un pa-

dre prudente, cuidadoso del porvenir de su hija, que la dé en matrimonio a un joven que, interrogado sobre su profesión y sobre sus proyectos para el futuro, respondiese:

—Toco el contrabajo...

\* \* \*

En resumen, el hombre que toca el contrabajo es un pesimista resignado. Puede llamársele todo, menos músico. Se ha consagrado al papel de auxiliar, sin los recursos resonan-

tes que son privilegio del tambor. No puede alabarse de tener, en la orquesta, la representación de los ruidos intestinales. Como el grillete de un galeote, el que toca el contrabajo arrastra en el pie su sonoridad densa y sorda. En su rostro, no se ve ya sonreír la menor ilusión ni la menor esperanza, sino dibujarse todos los signos de una esclavitud, de una condenación sin sufrimientos, sin duda, pero también sin tregua.

Está sujeto al instrumento como Prometeo a la roca. Sujeto

para toda la vida, sin esperanza de liberación. Sujeto, como al yugo de un matrimonio de interés. Los síntomas de una vejez precoz devastan su rostro. Sus americanas, que tiene que abotonar siempre, con esa gesticulación constante se deforman como las de los pobres.

Toca evidentemente un violín desmesurado, el violín de una raza de gigantes que ha desaparecido de la tierra. Instrumento para oídos tapados, para inspiraciones tenebrosas, insensible al cosquilleo, impropio

de los "solos". La alegría —reina de las trompetas y de todos los metales — se detiene a un paso de distancia de su gran cuerpo obscuro, que deja vivir en el halo sombrío de una melancolía sin espejismos. Forzado a perpetuidad, rema y chapotea con rabia en los golfos sonoros donde repercute el júbilo de los demás instrumentos, orgullosos de sus mil posibilidades de libres escapes. El, no. Subalterno siempre. Responsable del cuartel, dispuesto a

saltar sobre invisibles pies para ponerlo todo en orden y mostrar que la masa del acompañamiento se mantiene firme.